

DISCURSO DEL PRESIDENTE DE MEXICO, MIGUEL DE LA MADRID HURTADO, EN LA CENA OFRECIDA EN HONOR DEL PRIMER MINISTRO DE LA REPUBLICA HELENICA, ANDREAS PAPANDREU

Excelentísimo señor Primer Ministro de la República Helénica;

distinguida Señora de Papandreu,

señoras y señores:

Con especial beneplácito México recibe hoy su visita, la primera que realiza un dignatario griego de tan elevado rango. Su presencia entre nosotros no sólo reviste un genuino carácter histórico. También constituye un nuevo encuentro personal, siempre grato y estimulante, con un dirigente profundamente comprometido en la tarea de promover la amistad y la cooperación entre nuestros pueblos.

En usted, Señor Primer Ministro, concurren las dotes del luchador social y del estadista perceptivo de su tiempo, que concibe a la política como actividad comunitaria por excelencia. Son admirables la templanza y la vigorosa actividad que desplegó al lado de su pueblo para generar, mediante una intensa participación nacional, el renacimiento de un sistema democrático. Con ello cobró una nueva fuerza la más antigua tradición democrática creada precisamente en Grecia por el genio político del hombre.

Cultura, civilización y pensamiento que hoy definen a Occidente son en gran medida el magno legado helénico. Esta valiosa aportación es fundamento de numerosas sociedades actuales, que lo han incorporado en un lento y prolongado proceso de asimilación y recreación. A tantos siglos de distancia su lección sigue siendo vigente: la acción de los pueblos para determinar su destino es la fuente de legitimidad del poder público y de su autonomía.

Por eso, en México reconocemos la importancia de sus afirmaciones, Señor Primer Ministro, cuando sostiene que la soberanía popular es impensable sin la independencia de la nación. Yo añadiría que sin ese requisito tampoco sería posible ninguna otra forma de organización superior del Estado.

La democracia no podría existir al margen de esa libertad esencial de las naciones. En cambio, se robustece en la participación responsable, en el diálogo abierto y en la bien intencionada confrontación de intereses

y posiciones. Es, por su misma naturaleza, un producto social que recoge la vitalidad y las peculiaridades de los pueblos. Estos, al ejercerla, le imprimen su carácter al transmitirle sus sentimientos y experiencias.

El México contemporáneo proviene, Señor Primer Ministro, justamente de un vasto impulso democratizador. Bajo el lema de sufragio efectivo y de la no reelección, la Revolución de 1910 prendió la chispa de nuestra modernización. El cambio surgió de una necesidad de participación de la sociedad en las decisiones del gobierno. La gran fragilidad de la representación popular, la marginación y el atraso secular de enormes sectores de la población hicieron crisis en lo que ha sido considerado el primer movimiento social del Siglo XX.

Costó muchas vidas y colosales sacrificios volver a edificar la paz sobre las ruinas de la dictadura. Sin embargo, la voluntad de los mexicanos se impuso. Con magnos esfuerzos de reconstrucción y con sensibilidad e inteligencia política, el triunfo de la Revolución se tradujo en una Constitución que resume reivindicaciones nacionales y populares largamente postergadas.

La lucha violenta por el poder, la imposición extrajurídica y la fuerza como instrumento de las relaciones políticas, tuvieron que ceder a la configuración de un Estado de Derecho que es la mayor garantía de la democracia social.

Defendemos, en consecuencia, la legitimidad de los pueblos para forjar su propio derrotero. Creemos en el valor insustituible de la negociación política porque en ella se inscribe la auténtica conciliación de intereses que está en la esencia de la ley. México vive su democracia de acuerdo con un mandato constitucional que la define, desde hace casi 70 años, más que como una simple forma de gobierno, como la propia vitalidad de la nación.

Vivimos en un mundo paradójico. Con frecuencia escuchamos voces que propugnan, más allá del respeto a la soberanía, correcciones democráticas en la vida interna de los países mientras callan, o incluso prohíben, la intemperancia política, la desigualdad y la falta de apego al Derecho en los distintos escenarios internacionales.

Para México, la democracia es un sistema de tolerancia política y respeto recíproco. Pero la sociedad de Estados confronta las cruzadas maniqueístas que postulan la ilusoria uniformidad de las naciones, una sola cultura

política para todos los países y la homogeneidad de las ideologías.

Las soluciones a los enormes problemas que padece la humanidad no pueden ser vistas como reivindicaciones ni argumentos privativos de un segmento de la sociedad mundial, así sea el más desfavorecido. Es imperativo asumir una responsabilidad compartida ante necesidades globales que afectan e involucran, sin excepción, al conjunto de la comunidad internacional.

Estamos obligados, más que nunca, a revitalizar la cooperación internacional y a reanudar, con mayor vigor y firmeza, la lucha perseverante en pos de la instauración de un nuevo orden mundial justo, armónico y equitativo.

Sabemos que se trata de un esfuerzo paciente y continuado, que no admite la apatía ni la frustración. La reordenación es un imperativo para encontrar soluciones duraderas no sólo a problemas estructurales sino a los urgentes que, como el del endeudamiento, ponen en juego nuestras posibilidades de crecimiento y desarrollo independiente en el corto plazo. Su solución requiere decisiones políticas de fondo en distintas materias como el comercio o el financiamiento y, desde luego, una mayor corresponsabilidad de los acreedores. Ningún gobierno puede ser obligado a trascender sus limitaciones ni a comprometer el proyecto de su propio pueblo.

Sabemos que la Grecia de hoy comparte con México una visión internacional fincada en el respeto a las normas jurídicas y en el diálogo político. Así lo ha demostrado al apoyar los esfuerzos de pacificación en América Central que auspicia el Grupo de Contadora. En esa región geográfica se recrudecen las tensiones y se corre el riesgo de un acelerado proceso de militarización de los conflictos. Siendo impostergables, la paz y el desarrollo siguen apresados en la desconfianza y en la confrontación irreconciliable de intereses cuando se requiere urgentemente el cumplimiento de las reglas y derechos esenciales para la convivencia.

América Latina reclama atención política para su seguridad económica, alejada de preocupaciones militares. Los gobiernos latinoamericanos habrán de redoblar sus empeños y emprenderán nuevas iniciativas que impidan mayores rencores y agravios. Ante los peligros de una espiral bélica, contestaremos con renovados argumentos de concordia y más sólidas razones para la paz.

Señor Primer Ministro Papandreu:

Con su visita hemos refrendado el amplio cauce de comunicación, de consulta y de colaboración política entre nuestros dos países. Teniendo un amplio horizonte hacia el futuro, nos sentimos, sin embargo, apremiados a recobrar años perdidos. Contamos con el potencial y con las bases para que nuestros pueblos se reencuentren y privilegien su amistad. Procedemos de un pasado cuyas raíces culturales se entreveran y se hunden en el tiempo y nos llaman a estimular nuestra convergencia en los años por venir.

Debemos revisar a fondo el estado de nuestras relaciones binacionales. Definir y planear el perfil que han de adoptar los vínculos para ser efectiva y mutuamente provechosos. Complementar y robustecer las actividades propicias para la cooperación en la economía, en la política, en la cultura, en la tecnología.

Su presencia en México dejará huella histórica y, como pocas veces en la vida internacional moderna, permitirá diseñar y proyectar nexos de largo alcance, con acuerdos idóneos y con metas y propósitos articulados en torno a una orientación política común.

Compartir con Grecia y con usted la Iniciativa para la Paz y el Desarme es no sólo una grata tarea; es también una feliz coincidencia política apreciada por todos los mexicanos. En Ixtapa habremos de refrendar nuestro compromiso en favor de un mundo libre de armas nucleares, impulsando un sistema internacional que garantice a nuestros pueblos su desarrollo con paz y seguridad.

Por sus destacados méritos como luchador por la democracia y la independencia de su gran nación; por su calidad de estadista y líder de la Grecia contemporánea; por sus contribuciones en favor de la paz y la cooperación internacional para el desarrollo, me es muy grato imponer a usted la condecoración del Aguila Azteca, dejando así un testimonio del reconocimiento de México por sus aportaciones.

Permítame, Señor Primer Ministro, formular un brindis por su bienestar y felicidad; por la ventura de su país y por la profunda amistad que se profesan nuestros pueblos. Brindo, asimismo, por el fortalecimiento democrático de un pueblo cuyo espíritu ha desafiado al tiempo y cuya realidad se manifiesta en las expresiones vitales de la Grecia contemporánea.

México, D.F., 4 de agosto de 1986.